

LIBRO CUARTO

ARGUMENTO

Á la vista ya del Eden, y cercano al lugar en que se propone llevar por sí solo á efecto su atrevida resolucion contra Dios y el Hombre, comienza á dudar Satan, fluctuando entre sus temores, su envidia y desesperacion. Por último triunfa en él la perversidad, y se acerca al Paraiso, cuya situacion y aspecto exterior se describe; penetra en él; pósase, tomando la forma de un buitre, sobre el árbol de la vida, que es el más elevado de cuantos se ven allí, y contempla detenidamente el sitio en que se halla. Hácese una pintura de todo él, y aparecen Adan y Eva: la admiracion que su belleza y su dichoso estado producen en Satan, no le retrae de su mal propósito; ántes al oír cómo discurren entre sí, y al saber que les estaba prohibido, so pena de muerte, comer el fruto del árbol de la ciencia, por este lado piensa tentarlos, induciéndolos á la desobediencia; y poco despues se aleja de ellos para averiguar por otros medios algo más respecto á su situacion. Entre tanto descende Uriel en un rayo de sol, y previene á Gabriel, encargado de guardar la puerta del Paraiso, que un espíritu infernal se ha escapado de aquel abismo, y cruzando á mediodia por su esfera hácia el Paraiso en figura de ángel bueno, acababa de ser descubierto por sus furiosos ademanes en la montaña. Gabriel promete que le encontrará ántes de rayar el alba. Entrada la noche, tratan Adan y Eva de retirarse á descansar. Descripcion de su gruta. Su oracion nocturna. Prepara Gabriel su legion de vigilantes para que rondan en torno del Paraiso, y envía dos ángeles vigorosos á la gruta de Adan, recelando que el Espíritu maligno intentase hacer algun daño á los dos esposos miéntras dormian; y con efecto le hallan puesto junto al oído de Eva, á quien sugiere su tentacion durante el sueño. Condúcenle á la fuerza adonde está Gabriel. Interrógale éste; él contesta con altivez; mas atemorizado por una demostracion del cielo, huye del Paraiso.

¡Oh! ¡que no se hubiera oído entónces la protectora voz que escuchó en el cielo el autor del Apocalipsi, cuando derribado segunda vez el Dragon, se levantó furioso para vengarse del Hombre! ¡Ay, desdichados habitantes de la tierra! Si nuestros primeros padres hubiesen estado prevenidos contra su oculto enemigo, cuando todavia era tiempo, se hubieran preservado quizás de sus mortíferas asechanzas; no asi ahora, que encendido en furor, comenzando por tentar al Hombre para poder despues acusarle, baja Satan por vez primera á la Tierra, y quiere vengarse en su inocente y débil morador de la pérdida de aquella batalla que sostuvo, y de la fuga que emprendió al infernal abismo. En medio de su audacia é impavidez, no se muestra satisfecho de su raudo vuelo, ni halla motivo bastante para envanecerse, sino que próxima á estallar su implacable cólera, la siente hervir en su proceloso pecho, y cual máquina atronadora, retrocede sobre si mismo. Asaltan su turbado pensamiento el horror y la incertidumbre; sublévase en su interior el infierno todo, porque en si y al rededor de si, lleva el infierno. Ni

un solo paso puede dar para alejarse de él, como no se aleja de su sér por cambiar de puesto. Despierta su adormecido despecho al grito de su conciencia; despierta en él el amargo recuerdo de lo que fué, de lo que es, de lo que será, cuando con mayor malicia incurra en mayor castigo. A veces fija tristemente su dolorida mirada en el Eden, que tan risueño se le manifiesta; á veces en el cielo, y en la esplendidez del sol, que brilla á la sazón con toda la pompa del mediodía; y combatido por tan encontrados pensamientos, exclama suspirando:

«¡Oh tú, que coronado de suprema gloria, contemplas al igual de Dios este nuevo mundo desde tu solitario imperio, tú, ante quien palidecen todos los demás astros, á ti te invoco, mas no con voz lisonjera, que si pronuncio tu nombre ¡oh Sol! es para decir cuán aborrecidos me son tus rayos! Y ¿qué mucho, cuando me traen á la memoria el bien de que gocé, yo que me vi encumbrado sobre tu soberana esfera? Perdiéronme el orgullo y la más inicua ambición, al mover en el cielo guerra contra el monarca sin par que domina en él. ¡Ah! ¿por qué fui tan insensato? ¿Debia yo corresponder así á quien me puso en tan sublime altura, á quien jamás me echó en cara sus beneficios? ¿Tan dura era su servidumbre? ¿Qué ménos podia yo hacer que tributarle alabanzas, siendo tan merecidas, y mostrarle una gratitud, que tan justa era?

»¡Ah, que todas estas bondades fueron en daño mio, y no sirvieron más que para dar pábulo á mi malicia! Al verme en tanta supremacia, creíme exento de sumisión; creí que dando un paso más, de tal manera me sobrepondría á todo, que me hallaría en el mismo instante libre de la inmensa deuda que para siempre tenía empeñado mi reconocimiento. Pesada es la obligación que aún pagada, nunca se satisface; pero yo olvidaba cuanto incesantemente recibía, sin comprender que un pecho agradecido no debe por ser deudor, y que continuamente está pagando, porque á la vez que contrae la obligación, pone el desquite. ¿Qué violencia, pues, tenía que soportar?

»¡Oh, si su poderosa voluntad hubiera hecho de mi un ángel de infima condición! No habría aún dejado de ser feliz, porque no me hubieran desvanecido tanto mis quiméricas esperanzas. Y ¿por qué no? Cualquiera otra de las grandes Potestades hubiera aspirado á la misma soberanía, y arrastrádome á mi por humilde tras su partido. Sin embargo, ninguno de los demás cayeron; todos opusieron resistencia á la tentación, armándose por dentro como por fuera. Y ¿no tenías tú la misma voluntad, el mismo poder para resistir? Si que tenías. ¿De quién, pues,



¡AH MISERABLE! ¡POR DÓNDE HUIRÉ DE AQUELLA CÓLERA SIN FIN

te quejas? ¿A quién acusas, más que á ese libre amor, don de los cielos, que arde igualmente en todos los corazones?

» ¡Maldecido amor, ó maldecido ódio, que tanto valen para mi uno como otro, dado que es eterna mi desventura! Aunque el maldito eres tú, tú mismo, que siendo árbitro de tu voluntad, voluntariamente elegiste lo que hoy motiva tu justo arrepentimiento. ¡Ah, miserable! ¿Por dónde huiré de aquella cólera sin fin, ó de esta también infinita desesperación? Todos los caminos me llevan al infierno. Pero ¡si el infierno soy yo! ¡Si por profundo que sea su abismo, tengo dentro de mi otro más horrible, más implacable, que á todas horas me amenaza con devorarme! Comparado con él, éste en que padezco me parece un cielo.

» ¡Ah! demos tregua al orgullo. ¿No habrá medio de arrepentirse, medio de ser perdonado? Lo hay en la sumisión; mas ¿cómo consentirá mi altivez que me humille así en presencia de mis inferiores, de los mismos á quienes seduje, prometiéndoles que lejos de someterme jamás, subyugaría al Omnipotente? ¡Ay de mí! ¡Cuán ajenos están de figurarse lo cara que pago mi jactanciosa temeridad, y los tormentos que interiormente me aquejan, mientras ellos adoran mi infernal trono! Esta diadema, este cetro que tanto me han encumbrado, sólo sirven para hacer más ignominiosa mi caída; sólo en ser más miserable consistirá mi supremacía; que no otro será el triunfo de mi ambición.

» Y aún cuando fuera posible mi arrepentimiento, y que perdonado ya, pudiera recobrar mi primer estado, ¡qué de elevados designios no volvería á sugerirme mi elevación! ¡qué poco tardaría mi hipócrita humildad en faltar á sus juramentos, contemplándolos nulos, como impuestos por el dolor y arrancados por la violencia! Ni ¿qué sincera reconciliación ha de haber donde un odio mortal ha abierto tan profunda herida? La reincidencia, por el contrario, me precipitaría en mayor abismo; pagaría cara esta breve tregua, á costa de redoblar mis tormentos; y como nada de esto se oculta al que me condena, tan lejos está él de perdonarme, cuanto yo de solicitar su misericordia. Así que ninguna esperanza resta: en lugar de nosotros, expulsados de nuestra patria, ha creado al Hombre, en quien tiene puestas sus delicias, y para el Hombre este mundo. Renuncio, pues, á la esperanza, y con ella al temor, al remordimiento. No hay ya para mi bien posible; tú ¡oh mal! serás todo mi bien en lo sucesivo; por ti á lo menos reinaré juntamente con el Señor del Cielo, y quizás me quepa por reino la mitad del Universo, como el Hombre y ese nuevo mundo lo experimentarán en breve.»